

La escuela de primeras letras en Popayán

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

A pesar de todas las *Leyes de Indias* y los desvelos de fray Bartolomé de las Casas, de las recomendaciones del Concilio de Santafé, que mandaba a los curas “enseñarles a los indios a leer, escribir y contar”, solo bajo la administración de don Andrés Díaz Venero de Leiva se establecen, en forma regular, las primeras escuelas para indios en el territorio del Nuevo Reino de Granada. Aunque a Venero de Leiva le corresponde tal honor, nadie se extrañe de tan largo vacío docente, si se recuerda “el ejemplo del fundador de la ciudad, don Sebastián, que apenas dibujaba unos rasgos alrededor del nombre Belalcázar, no era tacha de desprestigio ni motivo de humillaciones”. Las anteriores afirmaciones pertenecen al libro de don Jesús María Otero, miembro del Centro de Historia del Cauca, cuyas páginas seguiremos hoy, en este breve viaje retrospectivo, en busca de *La escuela de primeras letras y la cultura popular española en Popayán, durante la época colonial*.

Sin embargo, la mención inicial, en lo que a Popayán respecta, es para el primer obispo de la dióce-

sis, maestro don Juan del Valle, que se adelantó en varios años a Venero de Leiva, según la cita que reproduce Otero, tomada por el padre Constantino Bayle, del *Teatro eclesiástico de las primitivas iglesias de las Indias Occidentales*: “Fue el primer obispo de Popayán, Juan Valle, que, como misionero enseña a domar bueyes y a construir arados y carretas; y como Mecenas funda escuelas por los pueblos y cátedra de latinidad en la ciudad de su sede, por lo cual mereció del rey cédula gratulatoria”. El obispo y maestro Juan del Valle comparte esta gloria con la Compañía de Jesús, cuyos misioneros fundaron en el Cauca la primera escuela pública, tal vez atraídos por aquello de que “Cielo, suelo y pan, los de Popayán”. La capital caucana está en mora de confiar al bronce la efigie de su primer pastor y maestro.

En contraste con la abundancia de noticias de la obra cumplida en México, primordialmente por los frayles franciscanos, al punto que ya en 1544 el obispo Zumárraga hablaba de la urgencia de imprimir un catecismo para uso de nu-

merosos indios que sabían leer, muy poco hay que añadir al nombre de fray Agustín de la Coruña, el segundo obispo de Popayán, que “fundó el monasterio de monjas de la Encarnación para la educación de las jóvenes; él prosiguió la obra civilizadora de las escuelas, preocupándose especialmente por los indios” (Otero, página 25).

Hay también una información muy curiosa, génesis acaso de la productiva actividad del pueblo antioqueño, cuando Pedro de Castro solicita licencia para “fundar una escuela de primeras letras, con autorización de cobrar seis tomines de oro por cada discípulo de lectura en Antioquia, un peso por cada alumno de escritura y otro por cada discípulo que quisiese aprender las cuatro primeras reglas de aritmética”. Otero anota, más adelante: “la propuesta se recibió regocijadamente y sin más modificación que rebajar un poco los honorarios que se creyeron algo exagerados, abrió don Pedro su escuela que, según parece, no pasó por entonces de treinta alumnos”. Así, don Pedro Castro, se configura como el preceptor de los colegios privados de hogaño.

En lo que respecta a Cali, si se repasa la nómina de los maestros de escuela pública, en el espacio de 1803 a 1851, cabe observar que la misión docente era ejercida por hombres de selección y “recaía —según Otero— casi siempre en sacerdotes o en doctores, o en personas de distinción y posición social importante tanto por sus conocimientos o captación, cuanto por su vida ejemplar, lo que comprueba que enseñar era entonces una profesión honorífica”. Todavía lo es y, afortunadamente la tradición no se rompe, continúa con nombres

de la alcurnia espiritual de Mario Carvajal, rector del máximo instituto universitario vallecaucano.

Durante la Colonia, en nuestro territorio departamental caucano, como en otras partes y en otras épocas, correspondió a la Iglesia desempeñar el rol de “madre y maestra”. Al lado de las capillas funcionaron las primeras escuelas antes que los planteles públicos. La fundación en 1640 del Real Colegio Seminario, marca un hito en la historia de la cultura colombiana, si revaluamos con don Marco Fidel Suárez, para Popayán, el título de “ciudad heroica por ser madre fecunda de héroes en el valor, en la virtud, en el genio y en la sabiduría” (Citado por Otero, página 54).

Hay que relievar en nuestros anales el nombre de Manuel Díaz de Vivar, por su legado de “cuatro mil patacones para que con sus réditos se pague un sujeto que enseñe a leer y a escribir a los niños pobres”, según reza la cláusula testamentaria, fechada en 1570. (Otero, pág. 61). Los cuatro mil patacones del crédito se entregaron al teniente de gobernador de Iscuandé, don José Bazán, y la escuela popular abrió sus puertas en 1574, bajo el patrocinio del señor obispo don Diego del Corral, y la dirección del seminarista don Pedro de Castro. En esta escuela, sostenida con el dinero producido por la venta de esclavos, aprendió las primeras letras su futuro libertador, el general José Hilario López.

Ordenado como presbítero don Pedro de Castro, la escuela fue anexada al Real Colegio Seminario que regentaban los padres de la Compañía de Jesús, a partir de febrero de 1762, fecha de la escri-

tura en que consta la fundación, hasta 1767 cuando se cumplió la pragmática sanción de Carlos III, con la expulsión de los jesuitas de todos sus dominios. Aun cerrado el seminario, durante varios años, la escuela anexa solo tuvo un eclipse de pocos meses, y reinició tareas con el maestro Bartolo de los Arcos, designado por decreto del entonces gobernador José Ignacio Ortega, que ordenaba —¿democráticamente?— recibir “todo género de niños que concurriesen a aprender, los que ha de admitir sin excepción de ninguno”. (Citado por Otero, pág. 71). Como Ortega disminuyó en cien pesos la renta anual del maestro, el procurador Andrés José Pérez de Arroyo escribió un memorial ejemplar, que todavía hoy podrían leer con mucho provecho jóvenes economistas y estadistas seniles.

Con el impugnado nombre de Diego de Vargas Delgado se inicia la lista de los maestros de Popayán, que continúa con el clérigo Joaquín Fernández de Navia, escogido por concurso; Juan Ventura Otálora, de fugaz actuación; Pedro de la Cruz, obligado a cerrar su escuela privada para ser-

vir en la oficial, y Manuel Ramírez, todo “un estoico” de su tiempo, enredado en litigios, a quien sucede el padre Fernández de Navia, que ya había ejercido el cargo, con quien “se trunca —al decir de Otero— la serie de los preceptores de primeras letras de la escuela anexa al Real Colegio Seminario de San Francisco de Asís”.

Ojalá que, en propicia oportunidad podamos referirnos también a la segunda parte del importante estudio del profesor Jesús María Otero, en el cual trata, con erudición y seriedad, el apasionante tema de *La cultura popular en Popayán durante la época colonial*. Su trabajo, que hemos seguido, paso a paso, en estas notas, representa una muy valiosa contribución a la historia de Popayán, cuya biografía se confunde con la mejor herencia docente colombiana. Los caucanos y los colombianos, en general, debemos agradecer a don Jesús María Otero esta nueva lección de patriotismo y sabiduría dictada desde la cátedra de un libro, al cual regresaremos a renovar la fe en la tradición y la serena esperanza en el porvenir.